M. Y. ROGERS

XII

EL ÚLTIMO GUARDIÁN

ÁUREA EDICIONES

Áurea Ediciones

Llegará el día en que las nubes cubran al sol, donde la desesperanza y tristeza se impondrán al amor.

Llegará el día en que la luz y la verdad quedarán cubiertas por odio y maldad.

Extracto de "**La profecía**" con la que culminan los manuscritos de ***Zahanbejj*** descubiertos en las cercanías de la **Zona Negra,** dentro de las ruinas de ***Kálmator***, capital del antiguo imperio de ***Numdiff***.

ÁUREA EDICIONES

Capítulo 0

Pensamientos fugaces le cruzaban por la mente, todo parecía moverse de manera lenta frente a sus ojos. Su cuerpo rígido y su mandíbula apretada esperaban un gesto, el más mínimo movimiento de Jun: la orden para actuar, pero él deseaba que eso no ocurriera. Se encontraban en las afueras, en el sector norte de la enorme ciudad de Marshan, lugar al que habían citado a sus compradores. El trato estaba casi hecho y la mercancía se vendería a un buen precio. Más de lo que Gully obtendría si solo la hubiera vendido en su sitio de la Gran Plaza Celeste de Kannandí, o lo que Tommerh hubiese conseguido recorriendo todos los puntos de venta de la ciudad. Por ese motivo, Arkel se veía bastante animado mientras guardaba las bobinas incandescentes, los pequeños motores de agua y los supresores de alteración en el grueso bolso donde transportaba todo el cargamento. Cuatro mil trecientos kros era lo que se había acordado. Una suma sustanciosa que les sería de bastante ayuda para seguir tranquilos por un buen tiempo en *La Ciudad de la Eterna Lluvia*.

ÁUREA EDICIONES

Las gotas caían débiles esa tarde, como si fueran a detener su permanente flujo, pero él sabía que eso no sucedería. También las sentía lentas cuando mojaban todo a su alrededor. Quizás los nervios lo hacían percibir el entorno de esa manera, o tal vez era el hecho de estar preparado para lo peor.

Jun y Arkel estaban adelante, cubiertos con sus impermeables verdes. Se ubicaban a ocho metros de distancia junto a los seis hombres que conformaban el grupo de compra. Arkel les decía a sus clientes que no dudaran en contactarlos si necesitaban más mercancías, Jun permanecía quieta al lado derecho con las manos en su espalda, las mantenía juntas, preparadas para hacer la seña si las cosas se salían de control. De pronto, Jun lo hizo. Sus dedos indicaron lo peor y ella junto a Arkel se tumbaron en un movimiento rapidísimo. Uno de los sujetos les arrebató el bolso con la mercancía y lo sostuvo entre sus manos, mientras los otros desenfundaban sus armas para acribillar a los jóvenes contrabandistas.

Con una velocidad extraordinaria Kayro también desenfundó y disparó.

Sus tres balas impactaron en el pecho de tres sujetos, abatiéndolos en el acto. Sin embargo, dos de los tres tipos restantes abrieron fuego en su contra y una bala alcanzó su hombro izquierdo. Aun así, logró disparar una vez más y el certero proyectil se metió de lleno entre las cejas de su atacante.

Los dos supervivientes se movieron raudos, girando en el suelo para no ser alcanzados por los siguientes disparos del muchacho, el cual se encontraba en cuclillas, apretando la herida lo más fuerte que podía.

ÁUREA EDICIONES

—¡Pequeñas mierdas! —exclamó uno de los hombres, escondido detrás de un prominente montículo de barro, al mismo tiempo que su compañero se refugiaba en los alrededores.

—¡Mierdas ustedes! —gritó Arkel, quien estaba junto a Jun y permanecían agazapados entre los cuerpos caídos—. ¡El trato iba bien! ¡Solo tenían que tomar la mercancía, entregarnos el maldito dinero y largarse! ¡No tenían por qué hacer esto!

—¡Ustedes planearon todo desde el principio! ¡Nos asesinarían después de entregarles el dinero! —gritó el hombre que les arrebató el bolso. Este se encontraba tumbado entre altos y verdes matorrales.

—¡Solo dices estupideces! —respondió Arkel.

—¡Sabemos cómo actúa Gully! ¡No es raro que les haya ordenado algo por el estilo! —afirmó el otro hombre.

—¡Gully jamás nos ordenaría actuar así! ¡Y tampoco nos ordena nada! ¡Es nuestro compañero, no nuestro jefe! —refutó Jun—. ¡Solo nos advirtió que tuviéramos cuidado de ustedes! ¡Y no se equivocó!

—¡Cállate y fíjate en lo que dices! —dijo el hombre del bolso—. ¡Cuatro de nuestros compañeros están muertos! ¡Ya no creemos una sola maldita palabra de lo que dicen! Además…

Dos disparos estremecieron el lugar y las voces callaron.

Al mismo tiempo que sus compañeros discutían, cubierto por el ruido de la lluvia, Kayro se arrastró por el costado izquierdo hasta donde se encontraban los dos sujetos refugiados y, sin pensarlo mucho, acabó con ellos. En ese momento las cosas parecían simples: eran esos tipos o sus amigos, a quienes consideraba, desde que había dejado el orfanato, su familia. Y aunque su madre estuviera viva y

ÁUREA EDICIONES

todavía recorriera las calles de Marshan tratando de conseguir dinero para una dosis más, él no la consideraba. No por abandonarlo en un orfanato apenas naciera, ni por haberlo alejado tantas veces cuando la buscó, sino por el hecho de decirle en su propia cara que jamás amaría a un niño bastardo, fruto de un abuso.

Todavía temblaba y respiraba entrecortado. El miedo y la angustia que sentía por haberle quitado la vida a seis personas eran palpables, pero estaba dispuesto a todo por proteger a los suyos.

—Ya pueden salir —dijo con la voz temblorosa al momento de asomarse desde atrás del montículo de barro, sin dejar de sostener su hombro, que no paraba de sangrar.

Jun se acercó deprisa para ayudar a su amigo mientras este se sentaba en el suelo mojado.

—¿Cómo te encuentras, pequeño? —preguntó ella—. Déjame ver.

Kayro abrió su impermeable para que su amiga lo revisara. La bala había atravesado la parte superior del hombro, dejando una gran herida, pero no había logrado alcanzar el hueso. Jun sacó desde de su bolsillo una engrapadora magnética para extraer la bala y cauterizar el corte.

—Esto te dolerá. No te muevas —le dijo la muchacha.

Kayro cerró los ojos con fuerza y asintió al mismo tiempo en que Arkel se acercaba para sostenerlo. El grito fue largo. Jun curó el hombro de su amigo y luego los tres emprendieron el retorno a los suburbios de Kannandí con toda la mercancía y más de cuatro mil kros en los bolsillos.

Los días eran difíciles en Marshan. Sobrevivir lo era aún más. No había mucho que hacer en la ciudad y las pocas opciones que realmente dejaban algo de dinero eran la reparación de maquinarias, utensilios y accesorios que permi-

ÁUREA EDICIONES

tían mantenerse ocupado en algo más tranquilo. Las otras opciones eran menos legales: dedicarse al tráfico y venta de drogas, producir y vender alcohol o, lo más simple de todo, la venta de mercancías robadas a viajeros y a las pocas fábricas tecnológicas que seguían funcionando en Marshan por el escaso control gubernamental. A Gully y su grupo esto último le había funcionado de maravilla.

Una noche, después de haber despertado de golpe por aquel sueño recurrente que lo asaltaba de vez en cuando, se quedó recostado sobre su duro colchón, rozando con la punta de sus dedos la cicatriz que había quedado en su hombro izquierdo. En esas noches de vigilia pensaba mucho en el orfanato y en su niñez mientras escuchaba el ruido constante de la lluvia golpeando contra el tejado. Pensó entonces por qué no se habían mudado a uno de los tantos edificios abandonados que existían en el centro de Marshan y ocupado un piso completo en donde vivir cómodamente, y ya no habitar esa húmeda y corroída casa, además de guardar allí mismo las mercancías que robaban. Pero el sentido común le recordó que, aunque Marshan estuviera casi deshabitada, aún era recorrida por patrulleros privados que desalojaban las edificaciones construidas por sus adinerados clientes y limpiaban las calles de los que ellos llamaban "lacras mojadas": personas que aparecían muertas en los callejones de la ciudad. «Después de todo, esta casa no está tan mal», se dijo con una sonrisa de resignación.

De pronto, Gully los llamó con apremio a la sala de la casa que compartían. Kayro se incorporó con agilidad para salir de su habitación, ya que siempre que su amigo los llamaba de esa manera significaba que tenía algo bueno entre manos.

ÁREA EDICIONES

—¿Por qué esa cara, pequeño? —preguntó Jun, al encontrarlo afuera.

Ella siempre sabía cuándo algo molestaba a Kayro.

—Otra vez tuve ese puto sueño.

—Ya has soñado muchísimas veces con eso —comentó la muchacha—. ¿Qué crees que signifique?

—No tengo idea.

—Es raro que sueñes con que algo te acorrala en los callejones del centro de Marshan. ¿Te estarás volviendo loquito? —sugirió Jun, con una risita.

—Es muy probable. Pero creo que, si eso sucede, por fin estaremos en igualdad de condiciones —respondió Kayro, mirándola sonriente, con los ojos entrecerrados.

Ella rio y le revolvió el cabello con la mano.

—Vamos, acérquense —les pidió el líder de su grupo de manera amable y alegre, mientras todos se reunían junto a él y se acomodaban en los viejos sillones de la sala—. Debo pedirles algo.

—¿A dónde iremos ahora, Gully? —preguntó Tommerh, somnoliento—. Ya me estaba quedando dormido.

—Desde hace un tiempo tú siempre te estás quedando dormido. Es como si te estuvieras convirtiendo en un viejito holgazán —comentó Jun, con suavidad y una sonrisa.

—Eso es verdad —agregó Kayro, uniéndose a las risas de su amiga.

—Debes despabilar y estar con tus cinco sentidos alerta, Tommerh —le dijo Gully—. Esto es grande y los necesito en las mejores condiciones, porque si todo sale bien podremos asegurar nuestro futuro. Y lo digo con mucha certeza.

La seguridad en las palabras de su amigo era algo poco usual en este último tiempo.

ÁUREA EDICIONES